

ciertas miserias y ciertos horrores; que hubiese en la sociedad encargados de perseguir á los padres crueles como á perros rabiosos; que las madres sin corazón, pobres ó ricas, fuesen azotadas por las calles. ¡Oh! ¡Es una infamia! ¡Es una infamia!

Expresaba la joven tan bien los sentimientos de Emilio, que éste no intervenía en la conversación para dejarla continuar. Era ya casi completamente de noche; la voz de la maestra salía como de una sombra.

—¿Castigan á los que hacen billetes falsos, no es cierto? Yo me pregunto siempre por qué no son castigados también los padres que lanzan á la sociedad hijos bribones. Muchos de éstos hay á quienes han hecho ser malos por fuerza; familias que son verdaderas fábricas de malhechores, de mujeres y de hombres sin afectos, desalmados y vengativos. Por esta razón en la escuela suelo perdonar algunas cosas. Vea usted, así perdono también á un hombre cien crímenes por un acto de ternura hacia un niño. Cuando un pícaro es capaz de esto, lo prefiero mil veces á tantos hombres honrados que no vierten una lágrima ante la cuna, de un pequeñuelo suyo muerto. En ocasiones estoy triste, irritada contra el mundo: veo por la calle un hombre del pueblo, rudo, tosco, de manos negras, que lleva en brazos á su chiquillo, y lo contempla y lo acaricia, con los ojos húmedos; pues bien, esto me tranquiliza para todo el día; torno á casa con mejor opinión del género humano. ¿Pero de qué sirve? ¡Se ve tanto más de malo que de bueno! ¡Cuando se piensa que hay padres, aún entre personas ricas, que mortifican á un niño porque es feo ó está enfermizo, y prefieren á otro que está sanote y bien formado! Tuve yo dos discipulas hermanas, de las cuales una iba á la escuela vestida de señorita, siempre con dulces en el bolsillo y la otra compuesta como una pobre, con señales de haber sido golpeada. ¡Calcule usted, en mi escuela! ¡Delante de mí! Y eran de lo principalito del pueblo. ¡Les di un escándalo! Baste decir que me despidieron por eso. Sin embargo, que no vea yo aquí nada parecido; que no me envíen á clase víctimas que no coman lo necesario, y que lleven acardenaladas sus carnes, porque entonces no hay fuerza en el mun-

do que me intimide; voy derecha á casa de los padres, aunque necesite andar diez millas por la montaña, aunque fuesen ciento, aunque supiera que había de costarme la vida, los llamo verdugos é infames; ¡tan verdad como hay un Dios que me oye!

Las últimas palabras de la joven brotaron de sus labios con tal fuego, que Emilio sintió una profunda sacudida, y exclamó:

—¡Ah! ¡Muy bien, señorita! ¡Muy bien!... También yo he pensado así siempre; pero para decirlo de esa manera es necesario tener el alma que usted tiene.

—¡Justamente!—respondió la maestra con voz un tanto burlona, en que aún se advertía la emoción; se necesita mi charla, debería usted decir... Me voy corriendo, que hace frío. Muy buenas noches, señor Ratti.

Dejó á Emilio con el eco de su propio apellido en el tímpano; un apellido que tenía entonces un no sé qué de nuevo, y que le parecía hasta hermoso. Desde aquella noche el joven experimentaba cierto embarazo para dirigir la palabra á su vecina; una preocupación de amor propio que le obligaba á buscar de antemano las primeras frases que debía decirle, para poner en ellas algo que saliese de lo vulgar, de lo acostumbrado. Vió con enojo caer las primeras nieves, que hacían imposibles las conversaciones largas en el terradillo. Intentó entablar algún diálogo con la joven á la entrada y á la salida de las clases; pero sólo había tiempo para cruzar dos palabras. También en alguna ocasión hallaba ocupado el puesto por el maestro señor Calvi que, juzgándola muchacha discreta y de talento bastante para comprender las ideas didácticas atrevidas, procuraba convencerla de la bondad de sus proyectos. Empezaba á notar, entre tanto, que á la indiferencia con que se la había mirado á su llegada por los principales del pueblo, substituía poco á poco una curiosidad muy próxima á la simpatía, como si de día en día fuesen descubriendo lo que la joven tenía de amable y de graciosa. También le sucedía eso á Emilio; por la simpatía que la maestra nueva le inspiraba, habría él celebrado que anduviese la joven mejor vestida para hacerse valer, y que hu-

biesen podido todos, sin intimar mucho con ella, conocer su alma, como él la conocía. La maestra se hacía por sí misma los vestidos, y tenían todos un defecto de corte en el talle, á consecuencia del cual se le formaban bolsas entre el cuello y la espalda; llevaba un abrigo de paño oscuro que la hacía parecer demasiado gruesa, y no se ponía bien el sombrero, que llevaba siempre muy caído hacia la frente y le ocultaba los cabellos. Solamente la boca aparecía en toda su graciosa belleza. No tardó el maestro en saber que otros lo habían notado del mismo modo, y que también cierta noche lo habían hecho tema de sus conversaciones en el café, el poeta, el recaudador de contribuciones y el médico, sazónándolas con groseros comentarios.

Supo, asimismo, con más disgusto aún, que el alcalde había ido dos veces en una semana á visitar la escuela de niñas. La preguntó á la maestra, y ella sonriendo le respondió que sí, y agregó, por su cuenta, que le parecía que el alcalde se tomaba mucho interés por las escuelas; pero Emilio comprendió en el semblante de la maestra que en aquellas dos visitas el alcalde había procedido con los debidos miramientos, solamente para explorar el terreno, y que la maestra no debía de haber concebido sospecha alguna. Otro día la maestra le dijo que había sabido con disgusto que el cura estaba enojado con ella, porque así que hubo llegado no corrió á inscribirse entre las hijas de María; ahora creía la joven que era demasiado tarde para hacerlo, porque el acto no parecería espontáneo; se hallaba perpleja. Todas las mañanas, asomándose al terradillo, le contaba en pocas palabras las novedades menudas del día anterior.—Ayer tarde, le dijo una mañana, vino á visitarme el señor Calvi para explicarme un método nuevo de enseñar aritmética sin escribir. Para hablar con franqueza, no he quedado convencida. Pero el buen señor, por su parte, está tan convencido, que le he escuchado con gusto.

La noticia no agradó á Emilio.

—A mí—dijo á la joven,—no me ha dicho usted nunca que la visite.

—¡Ah! pero es distinto,—respondió la maestra rién-

dose.—En primer lugar, el señor Calvi me ha visitado, sin que yo se lo diga; además, es casado y tiene cincuenta años.. Y en realidad, si á usted no se lo he dicho, es solamente porque temo que la compañía de mi padre le entristezca: á duras penas puede hablar; ¡pobre viejo! Está peor cada vez; venga usted á casa,—dijo después;—nos hará favor.

Pero aquella invitación no pareció bastante al joven, y consideró conveniente esperar otra.

Como cierta noche no se hubiese visto, según costumbre, luz en el cuarto de la maestra, al día siguiente la preguntó Emilio si había salido.

Había salido, efectivamente, á visitar á la madre del pretor; esa señora había estado dos veces en la escuela para informarse de una protegida suya, y había insistido tanto para que alguna noche fuese á su casa á verla, que no había tenido más remedio que ir, y aún la había obligado á prometer que volvería.

Otra noche preguntó á Emilio la maestra, muy de prisa:

—¿Usted presume qué puede tener conmigo la señora de Calvi, que al encontrarme me mira de mala manera?

Y cuando el maestro le dijo que debía de estar celosa de las confianzas didácticas de su marido, se encogió de hombros sonriendo.

Por último, una tarde le anunció la maestra una verdadera novedad. Aquella mañana había ido á visitar su clase la mujer del médico, nombrada inspectora al comenzar el año académico.

Emilio presintió en seguida, sin darse cuenta de la razón, que la entrevista no debía de haber sido cordial del todo.

—«Es una señora muy guapa»—dijo la maestra, aunque de un modo que dejaba adivinar que había echado de ver la semejanza, y que por eso se consideraba obligada á emplear cierta reserva en el elogio de su hermosura.—¡Venía vestida con un lujo! Excesivo casi, me atrevería á decir, para visitar una escuela de pobres montañesas. Ha examinado las labores de aguja; se ve que lo entiende. Pero me ha parecido un poco

*La novela de un maestro—Tomo I—17*

severa, un poco... casi áspera. En media hora no me habrá dirigido veinte palabras.

No sabía la joven que la inspectora había hablado poco porque estaba distraída en un soliloquio mudo, que solamente le permitía dirigir ligerísimas observaciones.

—¡El asno de mi marido, que tiene el descaro de decir que parecemos hermanas gemelas! ¡Vaya una gracia! Es preciso tener los ojos y la delicadeza de un marido para dirigir tales cumplimientos á una señora.—Aquí se han escapado algunas mallas, niña. Tiene la frente baja y las mejillas hundidas.—¿Quiere usted enseñarme esas camisas?—¿Pues y ese imbecil de pretor, con la dichosa boca!—¡Cuidado con este corte, señora maestra! ¡Pero, señor, si parece que le han metido en un costal!

#### LOS PRIMEROS RELÁMPAGOS

Pero á Emilio no le parecía ya lo mismo. Había llegado, con respecto á la maestra, á ese grado de simpatía en cuya virtud la mujer amada se acuesta cada noche con un defecto menos y se levanta cada día con una gracia más. Ya no echaba de ver las letras dobles, demasiado recalçadas, ni las *e* excesivamente largas, ni advertía lo afilado de la nariz; parecía que la joven había aumentado de estatura, que su boca era todavía más pequeña y más dulce que antes, y ninguna voz, por límpida que fuera, sonaba tan grata en sus oídos como la voz velada de la maestra. Principió á esperar impacientemente en la escuela la terminación de las clases, para verla á la salida, y tomó la costumbre de suspender su explicación siempre que le parecía oír en el piso de arriba el sonido ligeramente ronco de su voz. Alguna vez, á pesar del frío, se asomaba por la mañanita temprano á la ventana del terradillo; la maestra, aún despeinada y con peinador, saludaba á su vecino con una sonrisa y un movimiento de su mano diminuta. Aquella mañana Emilio iba á la escuela alegre, predispuesto á la indulgencia, inclinado á bromear con sus discípulos como en los primeros tiempos. Pronto comprendió que de esa manera su método de reserva y de autoridad comenzaba á debilitarse, de suerte que hubo de realizar un esfuerzo grande para ponerlo nuevamente en todo vigor. Pero, aún á pesar suyo, la ardiente simpatía que la vecina le inspiraba influía en todos sus sentimientos, en todas sus ideas; infiltrábase en el

método objetivo, daba color al libro de lectura, encendía la aritmética y se reflejaba en el rostro de los alumnos. Vióse Emilio obligado á reconocer que aquella famosa teoría del *yo* interno y del *yo* externo era de realización muy difícil y hasta casi imposible cuando el espíritu se hallaba agitado por alguna pasión viva, aunque estuviese muy lejos—como él creía la suya—del amor, y más próxima á la amistad que á otro cariño. Las primeras travesuras de los escolares le producían el mismo efecto que otras veces; indignábase al pronto y de veras, como siempre; pero muy luego asomaban á su pensamiento aquella ventana, aquel rostro, la rápida conversación que dentro de una hora oiría de aquella boca monísima, y en lugar de reprensiones duras y de amenazas, brotaba de sus labios la fórmula débil de sus primeros meses de escuela:—«Pase por esta vez; pero que no vuelva á sucederte.»

Entre tanto, iba adquiriendo cada día mayor familiaridad con la maestra, que solamente con él podía hablar de sus asuntos. La joven le contó con entusiasmo las pruebas del cariño que empezaban á manifestarle algunas de sus discípulas. Tenía una aldeanita que le llevaba siempre ramitos de «estrellas de montaña»; una rapazuela que cuando la maestra se hallaba cerca de su banco, se agarraba á ella tan cariñosamente, implorando una caricia con unos ojos tan dulces, que la joven no podía contenerse y la acariciaba, y cuando para hacer alguna corrección en su cuaderno le pasaba, al bajarse, el brazo por el cuello, resplandecía de contenta. La maestra había echado de ver muchas veces el prodigioso efecto que producían las caricias en las muchachas campesinas, cariñosas naturalmente, pero hijas de padres duros, y que no habían recibido nunca un beso, ni casi sabían lo que era. La misma maestra había asistido á una que había muerto en un hospicio y que para tomar una medicina, para dejarse hacer una operación dolorosa, y hasta para dormir, pedía que primeramente le diesen un beso; y hasta en sus últimos días decía siempre, con un hilo de voz:—«Un besito, un besito», á la hermana, al médico, á cualquiera que se

acercaba. La pequeñuela del ramo de flores le recordaba aquella pobre criatura. Otra de las mejores, con carácter verdaderamente bueno y agradable, era la hija del carnicero, que siendo muy pequeñita aún, como lo era, y tratada siempre como una duquesita, por sus padres, que eran pudientes y gastaban con ella la mitad de sus ganancias, manifestaba ya un exquisito sentimiento de delicadeza para no humillar con lo fastuoso de sus vestiditos á sus compañeras, á las cuales solía hacer, á escondidas, muchos regalitos; todas la querían mucho.

Emilio preguntó á la vecina cómo andaba la protegida de la madre del pretor. La joven arrugó el entrecejo. Preguntó tímidamente el maestro qué había sucedido; le parecía que, aún dos días antes, había ido ella á visitar á esa señora. La maestra vaciló un momento; después dijo con seriedad:

—No volveré á su casa.

Al parecer no quería decir más; pero temiendo que aquellas pocas palabras pudieran hacer que se pensase algo peor de lo acontecido, dijo por completo la verdad. La madre del pretor era una excelente señora; pero... no habiendo en su casa más que ella y su hijo, ella abandonaba el saloncillo muy á menudo. Una muchacha sola no podía visitar á una señora que amaba á su hijo... hasta ese extremo. El maestro comprendió, y se sintió molestado en el alma.

—¡Pero—dijo la maestra suspirando,—está escrito que en ninguna parte se puede vivir sin chocar con alguno! Ahora esa familia no me quiere bien.

Esto evocó en su memoria el recuerdo de otro disgusto que había tenido aquel día, sin culpa suya. Habiendo ido al correo á preguntar por una carta que esperaba hacía ya tres días, la empleada, con quien ella hablaba entonces por primera vez, le había respondido con tal desabrimiento, que la pobre joven se había quedado sin saber qué decir, sofocada á un tiempo mismo por la indignación y por el asombro.

—¿Puede usted figurarse el por qué?—preguntó al maestro.

El joven no se lo figuraba. Pero sintió la ofensa como si hubiese sido inferida á él mismo, y estuvo

tentado de aconsejar á su compañera que se quejara al alcalde; reservóse, no obstante, el consejo y habló del hecho al secretario del Ayuntamiento, por si éste acertaba á explicar lo ocurrido. El pobre secretario intentó fingir que se maravillaba; pero no supo disimular y acabó por revelar el secreto, tapándose la boca con la mano para hacer que Emilio le ofreciese el silencio. La señorita Allari, que era la empleada, aunque había doblado, ya hacía tiempo, el cabo de los treinta años, deseaba casarse con el pretor, de quien estaba tan enamorada, que el servicio de correos andaba como Dios quería. Pero la señora madre, que picaba más alto, mucho más alto, y que aspiraba para su hijo á algo más que á una «revendedora de sellos de franqueo», la había plantado resueltamente en la calle. Por eso las atenciones y los agasajos de aquella señora con la maestra nueva debían de haber sido para la empleada un botafuego.

—Aconseje usted á la maestra—le dijo muy quedo,—que ande precavida.

De esta suerte iban manifestándose de varias partes enemistades contra la recién venida, y esto acrecentaba las simpatías de Emilio, que, sin atreverse á confesárselo á sí mismo, acariciaba la esperanza algo «egoística» de que, á medida que esas enemistades aumentaran, se acercaría más la maestra á él, que era su confidente único, y de que nacería de aquella intimidad un sentimiento más vivo que el del cariño amistoso. Cierta noche fué el joven á casa de la maestra para llevarle una colección de periódicos profesionales que le había prestado su amigo el abogado, y la vista de aquel pobre viejo, casi paralítico, que lo miraba con ojos espantados, balbuceando palabras casi ininteligibles, y el pensamiento de los servicios penosos y continuos que necesariamente había de prestarle su hija, sin otra ayuda que la de una asistente como de quince años, que estaba con ella algunas horas al día, aumentaron las simpatías del maestro, con un sentimiento grande de compasión profunda. Volvió muchas veces. Pero prefería siempre aquellas breves conversaciones á la intemperie en el terradillo, porque se hallaba en libertad más completa. En éstas

había principiado Emilio á salir de los temas habituales de la escuela y del pueblo. Hizo entonces un descubrimiento singular en el carácter de la joven. Siempre que Emilio aludía, no á sus sentimientos hacia ella, sino, así, de una manera vaga, al amor ó á cualquier asunto que pudiera conducir directamente á esa conversación, pasaba por el rostro de la joven una expresión fugitiva y rápida como iluminación instantánea, como vivísimo relámpago, en sus ojos, con que parecía como si dijese:—¡Ah, sí, lo sé! También hay de eso por el mundo. ¡Ninguno lo sentirá más que yo!—Y en seguida cambiaba repentinamente de conversación y recobraba su aspecto habitual, como si al cambiar de conversación hubiese cambiado también juntamente sus pensamientos, olvidándolos por completo. Parecía que la idea del amor iluminaba su mente, como la idea de otro mundo, de una existencia maravillosa y remota, acerca de la que no era conveniente hablar mucho para no viajar con la fantasía fuera de lo razonable y de lo verdadero. Así, en ninguna de sus conversaciones sobre sentimientos se apartaba nunca de la realidad de las cosas presentes, y aún en éstas, del concepto de alguna acción útil para hacer que triunfara su sentimiento en el mundo. De su cariño y su compasión á la infancia surgía continuamente y pronta la idea del remedio de los males, del castigo de los culpables, de la lucha necesaria para imponer el bien. Todas esas conmociones eran rápidas, como el escape de un resorte; un sollozo, una lágrima, un movimiento de desprecio, y después, inmediatamente después, una idea, un propósito, una resolución. Lanzaba á menudo máximas absolutas:—Es preciso hacer esto; no se debe hacer esto otro. Y se comprendía que aquéllos eran en su alma principios arraigados, inconcusos. El movimiento que de ordinario adoptaba al excitarse un poco, de apretar su puño sonrosado y dar con él golpecillos nerviosos en la palma de la otra mano, como sobre una maquilla de sellar, era la expresión perfecta de su índole, buena y cariñosa, pero muy fuerte, de una fibra de hierro, que ningún poder lograría doblegar si la razón y su conciencia la sostenían. Esta joven solía evocar en

Emilio el recuerdo de su prima; pero parecíale que Faustina era más lógica y más animosa en su misma bondad; que su vecina, por ejemplo, no hubiera firmado, como aquélla, la promesa de ausentarse del pueblo al sujeto que se hizo pasar por inspector; parecíale que la joven tenía menos imaginación, pero más entendimiento; menos pasión por las cosas pequeñas, pero más entusiasmo por las grandes, y cariños más duraderos y más profundos. Encontrábala también más hermosa, aunque no era mucha la diferencia. Emilio no llamaba ya «amistad» al sentimiento que le inspiraba la maestra, porque había llegado á los indicios en que ya no es posible equivocarse: al monólogo que surge en variados sonidos, al apóstrofe cariñoso dirigido á un fantasma, en el silencio de la estancia propia, de noche; señales todas que son como las chispas que denuncian el fuego interior y presagian que, una vez prendido, saldrán pronto las lenguas de sus llamas.

## CELOS

Un hecho inesperado llegó á turbar á Ratti. Al anochecer de cierto día vió al alcalde salir de la casa de su vecina. En la mañana siguiente levantóse Emilio media hora antes para esperar que la maestra apareciese, y no bien la vió en la ventana, preguntó sobre el caso; la joven habló de la visita con absoluta indiferencia, asegurando, no obstante, que la había sorprendido aquella deferencia: el alcalde había ido á enterarse de la salud del padre anciano, cuyas dolencias se habían agravado de pronto—así lo manifestó el alcalde,—según le habían dicho, lo cual afortunadamente no era cierto. Con esto la maestra cortó la conversación. Pero pocos días después ocurrió algo peor; á la salida de las clases de la tarde la maestra saludó á Emilio muy disgustada, y le dijo que había sido llamada á la casa-ayuntamiento. Ratti pensó con alguna inquietud que á tales horas no se hallaba allí el secretario. Espió después, desde la ventana que daba á la calle, la vuelta de la joven, y al verla, fingiendo que necesitaba salir, bajó la escalera, donde la encontró y la preguntó qué había ocurrido; la obscuridad del sitio escondía la ansiedad retratada en su rostro. —¡Bah! una cosa insignificante—contestó la maestra en són de broma: el alcalde deseaba ponerse de acuerdo con ella relativamente á los padres de algunas alumnas que no asistían á la escuela, antes de imponerles la multa. Pero á los tres días, cate usted una visita del alcalde, solo, á todas las clases, y, por con-

siguiente, también á la de la maestra. Ya no cabía duda; la autoridad comenzaba á inflamarse; otra vez el joven preguntó á su vecina en el terradillo. Pero esta vez la maestra sonrió de un modo que hacía sospechar en el alcalde conatos de declaración.—«Hace algunas visitas, dijo... un montón de palabras que á nada conducen... Parece que el buen señor tiene mucho tiempo de sobra para perderlo.»

—¡Quién sabe!—respondió el joven con cierta amargura.—Es tan loco, tan necio, que tal vez espere que no será perdido.

La maestra le lanzó una mirada, y frunciendo el entrecejo, le dijo:

—Conmigo esas esperanzas pueden durar muy poco.

Quedóse frío Emilio como si aquellas palabras se hubiesen dicho también por él. No volvió á decir nada del alcalde.

Pero á la semana siguiente, vuelta á llamarla á las casas consistoriales; la maestra mismo se lo dijo, muy secamente, al encontrarle en la calle cuando ella acudía al Municipio. Esta vez no consiguió hablarla á su vuelta. Asomóse á la siguiente mañana al terradillo; la maestra no apareció. Entonces fué á colocarse, diez minutos antes de la entrada, en la puerta de la escuela, y á la hora en punto la vió venir con aspecto tan agitado y tembloroso, que sólo se atrevió á saludarla. Algo muy grave había sucedido. ¿Una declaración brutal, á boca de jarro? ¿Una tentativa de violencia? Tenía el alma sobresaltada. Volvió á esperarla por la tarde en el terradillo. Allí estuvo la joven, si bien muy poco tiempo, más tranquila, pero pálida todavía.

—¿Qué le ha sucedido á usted?—le preguntó con ansiedad el maestro.—Usted ha tenido un gran disgusto. ¿Qué le ha ocurrido con el alcalde?

La maestra respondió con firmeza:

—Nada. No vale la pena de hablar de ello.

Ratti insistió:

—Ruego á usted que no insista—le dijo la joven.

Comenzó á hablar de lo que ordinariamente hablaba; pero pensativa, preocupada, mirando frecuentemente hacia el otro lado del patio, en que había una es-

pesura de pinos que hermoseaba la vista del fondo de aquel valle.

En esa actitud perseveró varios días, no permitiendo á Emilio, devorado por el deseo de saber, ni aún que volviese á indicar nada de aquello.

Pero una mañana en que la maestra se disponía á dejarle más pronto que de costumbre y se despedía ya, echando una mirada al lado allá del patio, surgió en el ánimo de Emilio una sospecha.

—¿Se retira usted antes—le preguntó,—para que no la vean hablar conmigo? ¿Se ha dicho, acaso, algo acerca de nosotros en el pueblo?

Y al pronunciar aquel «nosotros», experimentó un deleite inefable, como si aquella dicción uniese á las personas, lo mismo que enlazaba las ideas.

La maestra sonrió con altanería, y respondió:

—Si así fuese, yo permanecería aquí, por lo mismo. Pero es necesario que entre.

Para demostrarle su sinceridad, le saludó con una mirada más afectuosa que otras veces. Mas apenas hubo entrado la maestra en su casa, Emilio, dirigiendo sus miradas hacia donde había mirado la joven, alcanzó á vislumbrar que entre los troncos de los pinos desaparecía el capotillo del ordenanza municipal. ¡Se les espiaba! Ratti quedó pensativo. Entonces cayó por primera vez en la cuenta de que aquellas conversaciones en el terradillo, vistas desde fuera, podían asemejarse mucho á coloquios amorosos. Acaso les espiaban hacia ya mucho tiempo. ¿Por cuenta de quién, sino por la del alcalde? Y como iluminado por luz repentina, vió la escena ocurrida en la sala del Ayuntamiento la semana anterior; una declaración grosera, una negativa desdeñosa; él la había acometido brutalmente; ella le había sacudido una bofetada, y entonces el orgullo ofendido había estallado.—¡Usted es la amante del maestro!—A tal pensamiento sintió el joven que ardía la cólera en su pecho, y vió á Carlos Lérica, con los ojos fuera de la cara, corriendo á la casa consistorial para llamar al alcalde calumniador y embustero... ¿Y después? ¡Locura! La maestra, antes que defendida, desacreditada; él despedido, lanzado del pueblo, no la vería más. ¿Y si se equivocaba? ¿Si

realmente él no tuviese relación con nada de lo ocurrido?

Pero no permaneció mucho tiempo en esta duda. Saliendo en la mañana del día siguiente vió al alcalde en la puerta de la botica, y cuando se halló á tres pasos de él, levantó la mano para saludarle. El alcalde le volvió la espalda.

Estaba, pues, declarada la guerra.

#### LA PRIMERA BOMBA

En la semana siguiente estalló la primera bomba. Entró una mañana el ordenanza del Ayuntamiento en la escuela de la señorita Galli, y quitándose el sombrero como de mala gana, le presentó copia de una determinación del Municipio, en virtud de la cual se la trasladaba, desde el año académico próximo, á la sección de las «Casas rojas». La maestra leyó; sus alumnas vieron que palidecía. Salió de la escuela arrugando el papel entre sus manos; la indignación la ahogaba. Era un abuso de autoridad inaudito, contra el que debía protestar en el acto, para que no pudiera suponerse que había existido en su ánimo la más ligera incertidumbre. Ella había contratado con el Ayuntamiento dar clase en la cabeza del Municipio, y no en una sección; explicar la clase segunda de niñas, no una clase mixta. Llevar á su padre á que viviese en aquel caserío, apartado de la botica y del médico, le sería imposible, y, de todos modos, aquella traslación inmotivada parecería un castigo, y era un descrédito para ella. Apresuradamente, y con despecho, escribió esas razones en forma de protesta al Ayuntamiento, y esperó la contestación. La contestación no llegaba. Intentó ver al delegado de escuelas; pero éste padecía un ataque de gota y no recibía á nadie. Dirigió entonces una instancia al Consejo de Instrucción pública de la provincia, y lo remitió certificado. El recurso se cruzó con una carta del Provisor, que la



llamaba á Turín, fijando el día y la hora de la audiencia. Angustiada, no tanto por el temor como por la incertidumbre, dejó á su padre al cuidado de una vecina de su casa y partió para Turín una mañana, antes de amanecer, con una gran nevada, viajando primeramente en un carrito, después en diligencia, y, por último, en ferrocarril. Llega á Turín; se presenta al Provisor.—¿Qué pasaba? ¿Qué la querían?... El alcalde se le había adelantado con un oficio en que se daba cuenta de la traslación por «razones de moralidad»; ella y el maestro, que vivían tabique por medio, decía el oficio, mantenían unas relaciones que eran piedra de escándalo en el pueblo. En vez de una disculpa, vino á los labios de la joven una acusación, y estuvo para lanzarla en palabras muy enérgicas; pero se contuvo. ¿Para qué? El alcalde negaría la acusación, que llegaba demasiado tarde, y el pensamiento sólo de que su queja pudiera parecer una contestación preparada con astucia, la espantaba. Limitóse, pues, á defenderse con la voz clara y la frente erguida. Era una calumnia indigna. El maestro y ella se hablaban. ¿Qué más podía decirse sobre esto? ¿Cómo podía eso ser un escándalo? ¿Por qué había dado crédito á la primera denuncia? ¿Por qué no habían tomado informes de otros, antes de llamarla?... Hizole observar el Provisor, con mucho miramiento, leyendo el oficio del alcalde, que el maestro la había visitado en su casa.—Pero—gritó indignada la joven;—¡allí está mi padre! el mismo alcalde me ha visitado. El Provisor la miró: parecía algo conmovido, y tuvo la delicadeza de no hablarla de cierto párrafo de la carta en el que decía el alcalde que solamente había ido una vez á casa de la maestra para cerciorarse de que el padre se hallaba en un estado tal, que no podía ser considerado como «testigo embarazoso».—Doy crédito á las palabras de usted, dijo el Provisor, después de un minuto de silencio, y la despidió con buenos modos, recomendando que fuera prudente y tuviese paciencia. La joven salió inmediatamente de Turín y tornó, al obscurecer, muy nerviosa, al pueblo, donde circulaban ya mil comentarios sobre su traslación, sobre su viaje á Turín, sobre sus relaciones con el maestro... Espe-

rábase la resolución del Consejo de Instrucción pública. Pasaron diez días de expectación ansiosa para una y otra parte, durante los cuales se dijo que había llegado al pueblo un personaje misterioso en busca de informes; pero no fué visto ni por el maestro, ni por la maestra, ni por el alcalde. Por último, llegó un decreto del Consejo de Instrucción pública que ordenaba dejar sin efecto la resolución del traslado, y así lo hizo el Ayuntamiento. Pero el alcalde se cegó. Transcurrida una semana, la maestra recibió la noticia de que le habían quitado su plaza.

## ¡DESPEDIDA!

Era aquel un despropósito peor que el primero, porque sin fundarlo en razones nuevas, se imponía nuevo y mayor castigo á una profesora declarada ya no merecedora de un castigo menor. La maestra, más tranquila en esta ocasión, recorrió otra vez al Consejo provincial de Instrucción pública, solicitando que fuese anulada aquella medida; entre tanto, prosiguió asistiendo á su clase. Pero las cosas habían cambiado; la enemistad del alcalde comenzaba á producir sus efectos. Algunos padres que ya enviaban de muy mala gana sus hijas á la escuela, seguros ahora de que el alcalde no los denunciaría al pretor por una infracción que podía parecer desprecio hacia su enemiga, dejaron á sus hijas en casa. Harto vió la maestra en las caras de las demás alumnas, y en su aspecto, un reflejo de las conversaciones, claras ó veladas, que acerca de ella oían las niñas á sus familias: sonrisas maliciosas en los labios de las mayores, y claramente malévolas en los de las malas discipulas; y en la mirada de las buenas que la querían una vaga compasión, cierta inquieta curiosidad como si esperaran que de un momento á otro dijese algo para desahogar, en presencia de todas, el dolor y la indignación.

La joven se sentía con fuerzas para luchar sin temor, contra la autoridad; pero aquel cambio verificado en sus discipulas, que parecía como si estuviesen sentadas ante ella para juzgarla, y en las cuales adivinaba siempre un pensamiento ajeno á la escuela y directa-

mente relacionado con su persona, le producía un dolor inexplicable, que turbaba también hasta el manantial de su valor. Este disgusto hubo de aumentarse todavía. Como diez días después de haber sido despedida, cesó de asistir á la escuela la niña que solía llevarle ramitos de flores silvestres. Era hija de un colono del alcalde, y por esa razón la joven no se atrevió á visitar á los padres para preguntar el motivo; pero siempre que veía desocupado aquel puesto, oprimíasele el corazón como si la niña hubiese muerto, y cuando anotaba sus faltas, apresurábanse las malas á decirle:—La hemos visto; no está enferma. Una sola discipula la animaba con un aumento de cariño y de muestras de respeto; la hija del carnicero, el cual, sin embargo, apenas la saludaba por la calle; al entrar en clase sorprendíala algunas veces, perorando en medio de un grupo de niñas, con el semblante encendido, y comprendía que estaba defendiéndola. Pero los bancos iban desocupándose de día en día. El 13 de Enero, día de su Santo, aquel día en el que en todas partes había recibido algunas demostraciones agradables, solamente tres, entre las cuales estaba la hija del carnicero, le llevaron un ramo de flores; aquel día sólo había en la escuela catorce niñas. En esta ocasión no pudo ocultar su tristeza al maestro. Estuvo en el terradillo un momento, y le dijo con inmensa amargura:

—Me han cambiado mis discipulas. Me abandonan... Ya no me quieren.

En aquella misma noche, no pudiendo ya contenerse, decidió Emilio desahogarse con el secretario, el cual hacía ya algún tiempo que le irritaba con su rostro, más asustado que de ordinario, y con el obstinado silencio que sobre el asunto de la señorita Galliardaba. Pero el secretario se le anticipó con una súplica. Algo titubeó, antes de soltar lo que tenía preparado; después, balbuciendo un millón de excusas, hizo saber á Emilio que había resuelto variar las horas de las comidas con motivo de la oficina; que necesitaba también someterse á un régimen especial, á causa de una dolencia crónica, y que, en consecuen-

cia, no tenía más remedio que renunciar á comer en su compañía.

En seguida adivinó Ratti la razón verdadera, que no era otra que su miedo al alcalde; aquella villanía le indignó.

—Déjese usted de historias—exclamó levantándose de la mesa.—Dígame usted con claridad que tiene miedo de comprometerse. ¿Necesita usted tanto valor para eso?

Pero el secretario protestó ruborizándose, y haciéndole señas para que hablase más bajo: no era cierto; él no era capaz de una debilidad semejante; había dicho la verdad pura... el maestro podía informarse del médico... enterarse de las nuevas horas de oficina en el Ayuntamiento.

—Dígame usted, al menos—le gritó Emilio,—que reconoce que esta campaña emprendida contra la señorita Galli es una bribonada, fundada sobre una soez calumnia, y que ha nacido en alguna ruindad miserable de su jefe.

El secretario hizo ademán de taponarle la boca, todo asustado, y corrió á cerrar la puerta de la cocina.

—Confíese usted, al menos—volvió á decir Ratti, que está convencido de la calumnia; porque usted sabe perfectamente que es calumnia.

—Pero ¡bendito sea Dios!—le respondió el hombre cada vez más consternado.—¿Qué quiere usted que confíese yo, que no tengo culpa ninguna, ni sé nada? Usted sabe que el secretario es criado de los criados; el último mono del Municipio. ¿Qué quiere usted que me hayan dicho?

—Pero al cabo—replicó el maestro,—usted se convierte en encubridor y cómplice; usted no es el secretario, sino un rufián del alcalde.

—¿Pero qué rufián, ni qué...? ¡Dios mío de mi alma! Hable usted más quedo. ¿Qué quiere usted que yo sea ni haga, si desde la mañana á la noche todos me tratan á puntapiés? ¡Mal haya el día en que me echó al mundo mi madre!

Y después de pronunciar esas palabras, permaneció en actitud humilde, como quien solicita ser perdonado. Miróle Emilio con más lástima que desprecio, aca-

bó de comer apresuradamente, y arrojando la servilleta se dispuso á salir.

El secretario corrió detrás del joven, diciéndole:

—Aunque no comamos juntos, seguiremos siendo, como antes, buenos amigos; ¿no es cierto?

Y como el maestro no contestase, insistió deteniéndole por un brazo:

—Vea usted, para demostrarle mi amistad, le diré una cosa que ha de complacerle.

Emilio se detuvo, como esperando una revelación.

—Le diré—siguió el otro bajando muchísimo la voz,—que en este litigio con la maestra, el Municipio, á mi parecer...

Y después de una pausa, prosiguió con el tono de quien concede mucho:

—Será muy difícil que venza.

Emilio sintió impulso de abofetearlo. Le dijo mirándole con fijeza: «Es usted un payaso.» Y le volvió la espalda.

El secretario, adelantando un paso, le dijo en voz de ruego:

—Vea usted cómo habla.

Pero Ratti, desde aquel día, no volvió á hablarle. En aquella persecución contra la maestra sentíase herido, no solamente en su corazón y en su conciencia, sino también en el egoísmo de su pasión, porque comprendía perfectamente que si bien daba como resultado inmediato ligar más cariñosamente á la maestra sola y acongojada con su amigo único, aumentaba mucho las dificultades para hablarla, y aún así le imponía el deber de evitarlo para no dar pábulo á la maledicencia, sin contar con que mientras la joven estaba tan angustiada, parecía á Emilio poco delicado declarar sus sentimientos. Lo peor era que también él principiaba á sentir los golpes del enemigo. El alcalde había comenzado á recoger entre sus allegados firmas para una exposición en que se reclamaba la separación del maestro y de la maestra, fundándose en el «pésimo ejemplo» que á «la juventud» del pueblo daban. Nadie sabía con certeza que diesen otro mal ejemplo que el de charlar en el terradillo; muy pocos creían que hubiese algo más; los más prudentes afir-

maban que aquella traslación sería justa, pero sólo á medias, por lo que hace á echar de las «Casas rojas» á la maestra señora Vetti, que en realidad, si había de juzgarse por las huellas que dejaba en la nieve el tal maestríto de Azzorno, parecía excesivamente hospitalaria. Pero todo aquello servía de entretenimiento á unos y á otros, los cuales entablaban sobre ello interminables conversaciones, que los muchachos escuchaban y repetían.

El maestro echó de ver muy pronto las consecuencias en sus discípulos, en los cuales, además de una tendencia al desorden, motivada por la desigualdad del humor de Ratti, comenzó á surgir cierto sentimiento irrespetuoso hacia él. Una mañana vió, dibujadas con carbón en la tapia exterior de la escuela, dos figuras abrazadas, en las cuales se había pretendido representar á él y á la maestra Galli, con sendos cuadernos debajo del brazo, vió también á varios muchachos apostados para esperarle y notar el efecto que le producía el dibujo. Este descubrimiento despertó su desconfianza, y á cada sonrisa y á cada palabra pronunciada en voz baja, que se cruzaban entre los mayorcitos de la clase, comenzó á sospechar que hablaban de él y de ella. De desconfiado se convirtió muy pronto en iracundo. Dejaba escapar, dirigiéndose á los alumnos, epítetos que nunca habían brotado de sus labios, y que, después de la clase, recordaba Ratti con amargura, arrepiñéndose de haberlos pronunciado. Se apresuró á evitar, casi con repugnancia, todos aquellos asuntos, al tratar de los cuales afluían en otras ocasiones á sus labios palabras de entusiasmo y de afecto, porque comprendía que ahora aquellas palabras no acudirían á su boca, ó adquirirían al salir un sonido falso. Observó, además, que los discípulos mayores, con una penetración increíble en su edad, cogían al vuelo cualquier frase ó palabra que Emilio dijera ó leyese, y que se refiriera, aunque muy remotamente, ó se prestase á un equívoco grosero é informe relativo al amor ó á la mujer, y esta observación le hacía molesta la escuela y odiosos los escolares. ¡Ah! ¡Cómo y cuánto había cambiado todo!

## DE MAL EN PEOR

El altanero continente de la maestra, y sobre todo la firmísima confianza que demostraba tener en su triunfo, exasperaron al alcalde en tales términos, que le obligaron á dar un gran golpe. Una mañana, cuando fué á entrar en su clase, la maestra sintió como una punzada en el corazón: la puerta de la escuela estaba cerrada. El ordenanza del Ayuntamiento, desde la calle, había despedido á las alumnas conforme iban llegando, y estaba ya despidiendo á las últimas. La joven, pálida y temblorosa, le preguntó. El, sin llevarse siquiera la mano al sombrero, le contestó, con su insolente voz de gallo: «de orden superior» y no dijo una palabra más. Regresó á casa la maestra toda turbada, si bien la animaba algún tanto el pensar en la enormidad misma del atropello, que sería remediado seguramente apenas viniese del Consejo de Instrucción pública la orden de anular su cesantía, orden acerca de la cual no abrigaba duda. Aquella misma noche consultó á Ratti, ya bastante más tranquila. Deseaba la maestra escribir inmediatamente al Provisor; pero la aconsejó Emilio, por el contrario, que esperase, para demostrar que tenía confianza en sí misma y completa fe en el Consejo: la joven aceptó estas indicaciones de su vecino. Pero sin decir nada á la maestra, decidió el joven acudir en su auxilio y aún vengarla á su modo, en la forma que ya estaba él madurando

desde algunos días antes. Escribió al periódico «La Escuela Elemental», que circulaba mucho por toda la provincia y por otras partes de Italia, una carta en la que narraba la historia de aquella contienda, fustigando al alcalde muy razonadamente y solicitando la intervención del Provisor, al cual—suplicó Emilio á la dirección del periódico—que fuese enviado un ejemplar del mismo, con su artículo señalado, según costumbre, con lápiz rojo. Este apercebimiento, á juicio del joven, intimidaría—ya que no lograrse otra cosa—al tirano, si es que no inducía al Provisor á determinar pronto; y, en todo caso, sería un buen bofetón aplicado en aquella odiosa cara de cocinero, que conservaría la señal durante mucho tiempo.

Entonces dió principio en otro terreno una lucha que habría sido eminentemente cómica á no haber sido tan deplorable el hecho que la producía; una de esas luchas frecuentes que libran los periódicos profesionales protectores de los maestros suscritos y las autoridades de los pueblos pequeños; autoridades que necesitado batirse con la pluma, hacen, por regla general, una figura muy desairada. El director del periódico publicó la carta, según costumbre, omitiendo el nombre y suponiendo haberla recibido de Turín, y agregando en otra columna por cuenta propia: «que el alcalde había cerrado la escuela «villanescamente» (1), como en otro tiempo cerraba la puerta de la cocina cuando el pinche le había dejado ahumarse una salsa»; y puso aquí, á modo de epílogo (cosa muy corriente en polémicas de este linaje), una invitación á todos los suscriptores, los de uno y otro sexo, para que le enviasen sus tarjetas, en prueba de admiración por «la maravillosa desenvoltura con que pisoteaba las leyes y desdeñaba á las autoridades académicas.» El maestro recibió un ejemplar del periódico, el único que iba al pueblo, y supuso que en el Ayuntamiento se habría recibido otro; pero con el fin de lograr que la demostración de las tarjetas fuese una verda-

(1) Aunque la Academia española admite y define los vocablos «villanesco» y «villanesca», no incluye en el Diccionario el adverbio «villanescamente»; lo empleo, no obstante (esperando ser perdonado), porque villanamente no expresa, en este caso, con fidelidad la idea del autor. (N. del T.)

dera sorpresa, la dirección no había remitido ejemplar alguno ni al alcalde, ni á nadie, contando con que transcurrieran algunos días hasta que tuviesen noticia del artículo por otro conducto. Así sucedió efectivamente. Tratando los maestros y las maestras en aquella ocasión de sostenerse mutuamente con un buen acuerdo que muy á menudo dejan desear en Congresos pedagógicos, y aún en el seno de sus asociaciones, transcurridos que fueron cuatro ó cinco días, comenzaron á llover sobre el alcalde tarjetas de multitud de maestros de la provincia del Piamonte; después de los suscriptores de la Lombardia y del Véneto, luego de la Rumania, de la Liguria, y, por fin, de la comarca Napolitana: tarjetas de todas formas y de todos colores, adornadas con las letras *P C*, entre signos de admiración, con una *V* en forma de orejas de asno; algunas con cacerolas, peroles, cuchillas y otros utensilios de cocina, cuidadosamente dibujados á pluma, ya encima del nombre, ya en uno de los ángulos, como insignias de nobleza. Cada correo llevaba al alcalde seis ó siete. En poco más de una semana llegó á reunir unas ochenta. Asombrado en los dos primeros días, inquieto en el tercero y el cuarto, llegó por último á enfurecerse, sospechando una burla relacionada con el asunto de la maestra, pero sin comprender de qué modo podía haberse organizado. Cuando estaba pensando en ir á casa de la joven y representar allí una escena trágica, recibió el número retrasado del periódico. Afortunadamente, como la correspondencia aparecía remitida desde Turín, las sospechas del alcalde recayeron inmediatamente en el abogado Samis, y de aquí partieron sus pensamientos ulteriores. No se atrevió á escribir al abogado, ya por carecer de una certeza absoluta, ya por temor de que le enviase muy enhoramala, y cometió una torpeza más deplorable: escribió al periódico, y para que todo resultase peor todavía, escribió en los ímpetus primeros de su cólera, de su puño y letra, una carta llena de palabras impertinentes, pero vagas; carta en la que, sin negar nada, hablaba de calumnias aludiendo á su enemigo el abogado y diciendo que esperaba las superiores resoluciones «confiando en la justicia.» El

director del periódico, hombre astuto, publicó la carta sin comentarios, en tipo grande, con todas las faltas de sintaxis y todos los visibles errores de ortografía, que provocaron la risa de todos los suscriptores de Italia. Para coronamiento de la obra, en el mismo día en que recibió el alcalde su prosa impresa, le llegó el decreto del Consejo de Instrucción pública que anulaba la cesantía de la maestra.

Cuando ésta lo supo, se consideró en salvo, y Emilio y muchos otros creyeron también que la escuela volvería á ser abierta sin demora, pues no les parecía posible que el alcalde y sus servidores tuviesen la osadía de persistir en una ilegalidad tan descarada y tan absurda después de un segundo apercibimiento del Consejo, y á riesgo de incurrir en alguna injuria escandalosa. Pero eso lo creyeron solamente los candidatos, que no comprendían hasta qué extremo de insensatez podía arrastrar el orgullo ofendido, en el camino de los abusos de la fuerza, á un hombre grosero que había subido desde el fregadero al sillón de alcalde, fuerte con su terquedad y con su dinero, y convertido en temerario por su propia ignorancia. El día mismo en que se había recibido el decreto, vióse al alcalde andar por el pueblo, con el rostro provocativo como si anduviese á caza de sus enemigos, y se le oyó decir en el café, y en la tienda del tabaquero, y en otras muchas partes, que él se reía del Consejo, y del Gobernador, que recurriría al Consejo de Estado; que si éste no le daba la razón, lograría que el diputado del distrito dirigiese una interpelación al Gobierno en el Parlamento; que si la interpelación no prosperaba, acudiría al Rey; pero que de ningún modo se dejaría vencer por maestras «que llevan la inmoralidad á los Municipios» y que recurren á los periódicos para poner en ridículo y calumniar á las autoridades nombradas por la Corona. Y la escuela no fué abierta. Figurándose la maestra que solamente para darle ese último disgusto, el alcalde no quería reanudar la enseñanza hasta que comenzase otro mes, aguardó. El 1.º de Marzo, como viese que la clase continuaba cerrada, suplicó al maestro, señor Calvi, que fuese á buscar la llave; pero la llave le fué re-

husada. Acudió la joven entonces al delegado de escuelas, el cual, atormentado por la gota, dijo que le dejara en paz; que estudiaría el asunto cuando se hubiese curado, y prepararían juntos otra apelación al Consejo. En resumidas cuentas, la maestra tornó á encontrarse en la misma situación que anteriormente.

## LAS ÚLTIMAS PRUEBAS

Pero una desdicha peor que todas éstas vino para hacer su situación más triste todavía. En el nuevo año debían pagarla su retribución por bimestres vencidos. No atreviéndose á presentarse el día 1.º de Marzo en el Ayuntamiento para cobrar lo devengado, la joven sacó fuerzas de flaqueza y fué á suplicar al secretario que se lo entregase. El secretario, encogiéndose cuanto pudo y evitando su mirada, balbuceó que no había recibido orden alguna con respecto al asunto; la aconsejó que esperase á que las cosas se tranquilizaran un poco; en una palabra, le hizo comprender que se había determinado no pagarla. A tan rudo golpe, á pesar de su fuerza de ánimo, la joven vaciló. Pero recobrando en seguida su energía, dijo:

—¡Pero yo, aún en el caso de que se me considere como cesante, tengo derecho, por lo menos, á la retribución del mes en que he dado mi clase! Aunque no, tengo derecho á todo. La escuela no la he cerrado yo; el Consejo de Instrucción pública me ha vuelto á colocar en mi plaza. Tengo que atender á mi padre. No se pone á una maestra en la calle de este modo. ¡Es una cosa inaudita!

El secretario, verdaderamente condolido, apeló á su expediente habitual de presentarse como víctima. Se llevó las manos á la cabeza; invocó á Dios y á todos los Santos, se llamó el último y más miserable de los seres humanos, un hombre puesto en la condición de desear que la tierra se abriese bajo sus

pies. Comprendiendo que allí nada conseguiría, la maestra adoptó la resolución de dirigirse decididamente al recaudador, sin saber con certeza lo que podría esperar de aquella visita.

Desde las primeras palabras de éste adivinó la influencia malévola de su mujer, prima del alcalde, que con la resistencia de la joven debía de haberse considerado herida en su orgullo de familia. Aquel semblante barbudo de cazador de jabalíes no empleó groserías: se desembarazó de la joven con tres solas preguntas repetidas flemáticamente á la conclusión de todas las observaciones de la maestra.

—Pero, ¿y la orden del pago, señorita?... Pero, ¿y la orden, digo?... Pero ¿qué puedo hacer yo sin la orden de pago?

Presas entonces de un arrebató de indignación que le revolvió toda su sangre, pensó en ir derecha en busca del alcalde á intimarle que cumpliera con su deber, á llamarle ladrón y asesino, y á escupirle á la cara. Pero cuando llegó á unos veinte pasos de las casas consistoriales, vió al alcalde muy erguido en la puerta, hablando con el secretario y fumando su pipa, echó de ver que se volvía hacia ella y que tomaba un aire de triunfo; ante aquella vista, recordando la repugnante lascivia con que el miserable la había hablado, de la rabia feroz con que la había amenazado, de la cínica impudencia con que había mentido, se decidió á soportarlo todo antes que la humillación de presentarse espontáneamente delante de aquel hombre, y angustiado su corazón, pero segura en su conciencia de que hallaría fuerza para luchar hasta lo último, regresó á su casa.

Pronto hubo de entablar lucha con la necesidad. Como todos los maestros de pueblos pequeños que cobran retribuciones escasas y vencidas, durante los dos primeros meses de aquel año había vivido la joven casi del todo á crédito, porque no quería tocar á un pequeñísimo peculio que guardaba como de reserva para el caso de cualquier necesidad extraordinaria de su padre, ó para los gastos de viaje si obtenía alguna colocación en pueblo muy lejano. Encontróse, pues, desde los primeros días en la precisión

de aumentar sus deudas. Los proveedores á quienes la maestra compraba, gente lista y experimentada en aquellas cosas, comprendían perfectamente que la contienda acabaría en favor de la maestra; que entonces le serían pagados sus sueldos, y ella á su vez saldaría las cuentas; por esta razón continuaron vendiendo para ella á crédito; pero, como suele hacerse en casos parecidos, encareciendo los precios. De esta manera, en poco tiempo, la deuda subió de una manera enorme, relativamente á los medios de que la joven disponía. Entre tanto, el pueblo entero hablaba de aquellas peripecias. Ciertamente había algunas, como la mujer del asesor licorista, la del delegado, el superintendente y hasta el boticario—aunque era hermano de la empleada en correos,—que se mostraban condolidos por la situación de la maestra, y que de muy buena gana se habrían acercado á ella para darle, cuando menos, el consuelo de escuchar palabras de simpatía; pero, previendo muy próximo el día en que el demostrar amistad sin prestarle auxilio podría exponerles á representar un papel poco airoso, permanecían alejados de aquella pobre víctima. Las otras, la madre del pretor, ofendida en su ternura maternal, según ella la entendía; la inspectora, que aborrecía en la joven su propia efigie retocada; la mujer del maestro señor Calvi; y la empleada en correos, que estaban celosas, y la mujer del recaudador, emparentada con la autoridad escarnecida, se bañaban en agua de rosas. Por lo que respecta al cura, siempre solitario, regocijándose en su fuero interno contemplando un ejemplo novísimo del desorden y de los escándalos á que daba motivo la escuela arrebatada al clero; la escuela laica, que, á juicio del cura, era la perdición del mundo. Solamente la señora Falbrizio, que en el caso de su compañera veía reflejado en desprestigio y con perjuicio seguro del alcalde, en porvenir no muy lejano, su caso mismo, quiso dar una prueba de valor y fué á ofrecerse á la señorita Galli. Pareció que se ofrecía de corazón; pero su corazón usaba un lenguaje tan poco á propósito para que fuesen aceptados sus ofrecimientos, que la joven, aunque hubiese estado muy dispuesta á valerse de ellos, sólo por la forma excesi-

vamente lastimera con que le habían sido hechos, no los hubiese admitido. Para terminar: después de haber elevado al Provisor un nuevo recurso, en el cual exponía circunstanciadamente cuanto había ocurrido, la pobre maestra realizó un día, con el corazón oprimido, el gran sacrificio; puso mano en su reducido tesoro, reunido en cinco años de economías, no solamente para los gastos de un viaje posible, como ella decía, sino también con un propósito sobre el cual no se atrevía á fijar su pensamiento: el de dar á su padre decorosa sepultura.



¡LÁSTIMAS!

Emilio le ofreció auxilio muchas veces, sin rodeos de palabras rebuscadas, con esa violencia de compasión y de cariño que dice las cosas en crudo y va derecha al corazón. Tenía el maestro cien pesetas y pico de capital, incluidas las veinticinco de gratificación que le habían producido los seis meses de escuela nocturna del anterior invierno (diez céntimos por lección), cobradas un año después. Pero la maestra rehusó siempre, asegurando que no lo necesitaba. Parecía que se conservaba tranquila; pero cada vez se dejaba ver menos. Una tarde, sin embargo, dirigió la joven á su vecino una de aquellas hermosas sonrisas de los primeros meses, refiriéndole en el terradillo que el maestro señor Calvi había estado á visitarla y le había expuesto, sin duda para que se consolase, un proyecto suyo de quitar á los Municipios el pago de los maestros, para impedir los abusos; proyecto que se relacionaba íntimamente con otro sobre fundación de un Banco agrícola en debida forma, con sus anexos y sucursales: un sin fin de cosas. La pobre maestra, á pesar de sus amarguras, sonreía, sin saber que, al salir de su casa, el desdichado señor Calvi había sido sorprendido en la calle por su mujer, que le seguía los pasos, y le había llenado de vituperios. Después de aquella tarde, Emilio estuvo varios días sin ver á su vecina. Pasaba el maestro las largas noches del

invierno en su casa, melancólico, hojeando las colecciones de periódicos profesionales á la mezquina luz de una lamparilla de petróleo que producía un disco blanco sobre la mesita y dejaba en tinieblas el resto de la habitación. En los años anteriores no había prestado Emilio gran atención al carácter peculiar que tienen casi todos esos periódicos en los cuales se narran todas las desventuras y todas las calamidades de los maestros; pero entonces aquel ejemplo tan cercano le inspiraba una curiosidad amarga por conocerlos. Dióse á leer solamente esas cosas, y tomó la lectura desde muy atrás. Era una odisea de lástimas que le angustiaba. En el estado de sobreexcitación nerviosa en que vivía de algún tiempo á esta parte, acrecentada por el sentimiento de la soledad y del silencio de la noche, veía Emilio los lugares y á las personas, y casi oía la voz de aquella pobre gente. Leía, entre otras, noticias de un maestro elemental, sin colocación, que cierto día había sido acometido de indisposición repentina, en la calle de «Scienze», en Turín; un caballero que por allí transitaba, se había ofrecido á trasladarle á su casa en carruaje; pero el maestro había rehusado, pidiendo, en cambio, una bebida caliente, de la cual había menester más que de nada. Aquel pobre hombre que pretendía disimular el hambre pidiendo una bebida caliente, inspiraba á Emilio más compasión que le habría inspirado diciendo con toda claridad: «Tengo hambre; dadme pan.» ¿Quién sabe por qué peripecias y por qué contrariedades habría pasado, hasta caer desfallecido de ayuno, sobre el empedrado de una calle de Turín? En otro pueblo había sido el jefe de la fuerza pública quien, como hallara al maestro casi muerto de hambre entre unas malezas, le dió tres pesetas de limosna. Después de lo cual, seguía diciendo el periódico, «el Provisor había acudido para abrir una información. Este soldado de la «vanguardia del progreso», habiendo quedado sin casa, había dormido por algún tiempo en los bancos de la escuela; arrojado de allí, habíase reducido á dormir en un tonel; y también del tonel le habían expulsado: cosa muy natural, por otra parte, porque ¿qué substancia podía sacarse ya de tal maestro?»